

CONTEMPLA LA BELLEZA DEL MUNDO

Me agradaría, al comenzar, comentar brevemente un pensamiento de Simone Weil: “La belleza del mundo está como ausente en la tradición cristiana”. Esta observación debería hacernos reflexionar si bien ubicándola dentro de un correcto dimensionamiento.

Los cristianos son, efectivamente, hombres que en la persona de otro hombre han encontrado a un Dios que vivía ya entre los primeros y que ahora sigue acompañándolos misteriosamente en el transcurso de los siglos. El caminante que interpretó la profecía y partió el pan en el camino de Emaús, se transforma en el rostro de todos los rostros; ha transmitido su persona en la ofrenda eucarística y nos ha advertido que cada vez que nos encontramos ante un extranjero, un hambriento, un prisionero, un enfermo, Lo encontraremos a Él.

Pareciera, entonces, que el cristiano consciente está únicamente atraído por la presencia total de la miseria humana y la total y maravillosamente incognoscible de Dios. El orden y la belleza del mundo visible, que constituían el centro de la sensibilidad del hombre pre-cristiano, particularmente en Grecia, han sido tomados como insignificantes, como innecesarios en el camino de la historia hacia la construcción del Reino del Dios vivo tanto en lo interior del hombre como en el mundo.

Antes de la revelación cristiana el mundo sagrado del paganismo se abría como fruto maduro. El conocimiento, el arte, la vida misma, todo en suma a partir del Evangelio se busca y se encuentra como semilla del fruto que podría llamarse *el corazón del mundo*. El hombre ha entrado en este corazón. En Grecia no se levantará ya más ninguna columna, ninguna estatua a la luz del sol. Porque el hombre ha descubierto otra luz que no es esa luz del sol. El hombre ha descubierto otra luz que no busca verla porque nunca podría encontrarla en el espacio del mundo. La luz de Dios, revelada a los Apóstoles en el Tabor y a las mujeres en el sepulcro abierto la mañana de la Resurrección, es visible solamente en el corazón del hombre y es el alimento de su fe. Así, el arte cristiano tendrá sus raíces en las catacumbas, bajo tierra, sobre las paredes de las tumbas. Con el tiempo, la primera basílica, después de la Iglesia bizantina y la románica se cerrarán a la luz natural. En los templos cristianos las lámparas de aceite y cera simbolizarán la luz interior que arde en el corazón de los hombres de oración al buscar la Luz de Dios, más allá del mundo y que en los iconos, como lo fue en la vida, aureola el rostro de Cristo y de los santos.

Hoy, siguiendo el camino abierto por los ventanales de las catedrales el arte del Renacimiento y, sobre todo, el arte moderno, han restituido la luz natural en la obra del hombre. Pero, al mismo tiempo, el avance cultural y técnico pareciera haber sustituido definitivamente la contemplación de la belleza con el conocimiento y explotación de los materiales del mundo. Al finalizar las calles de nuestras ciudades, la belleza natural no queda más que como un telón teatral.

¿Cómo ha sido posible que sucediera así? El mundo, tal como fue creado desde el principio, no ha desaparecido. Las estrellas, el sol, la luna están siempre sobre nuestras cabezas, la tierra bajo nuestros pies, el mar al final de las rutas, el llanto y la alegría alrededor nuestro. El mundo del Génesis era, realmente, una revelación de Dios; revelación parcial, es cierto, en cuanto el mundo no es Dios ni puede ser deificado, pero vivía en la luz misma de Dios hasta el momento en que, a través de Adán, se pasa por la prueba de la libertad. Ciertamente: el mundo revelaba a Dios en su creación y esta revelación existe todavía. El mundo no ha pecado ni tampoco ha arrastrado al hombre alejándolo de Dios sino que el hombre, con su desobediencia, ha arrastrado al mundo en su caída.

Pero Dios puede manifestarse, todavía, a través de la creación con la cual no lo hayamos ocultado. “*Los cielos narran la gloria de Dios*”, canta el salmo. “*Sed como las flores del campo y las estrellas del cielo*” nos pide el Evangelio. Es verdad, pero no es menos verdad que el Evangelio libera al hombre del dominio del mundo y lo llama a contemplar, en todo, a Dios encarnado y a esperar el advenimiento de aquel Dios no ya en la luz natural, sino en la luz increada, manifestación misma de Dios, *Teofanía* (que los hebreos llaman *Cabod*, los griegos *Doxa* y los latinos *Gloria*). Luz que todo lo transfigura en su eternidad.

“*Las apariencias de este mundo pasan*”, dice el Apóstol. El Evangelio pone así al hombre en el centro de un dilema que será la cruz histórica de los cristianos, el signo de la contradicción que Cristo ha dispuesto para nosotros y que no podremos resolver si no es en la unión con Él. O la experiencia y el conocimiento del mundo son superados por la teología mística conduciendo hacia la unión con Dios (sabemos que la Resurrección de Cristo no es, todavía, nuestra resurrección; que estamos en el mundo siempre llevados hacia la resurrección pero inmersos en la luz natural), o podríamos dominar el mundo abierto a la investigación del hombre, disfrutarlo, ponerlo a nuestro servicio (pero veríamos que tal dominación desencadena una crisis para el sentido final de la vida, nos proyecta hacia un porvenir donde el mundo mismo, en la opinión de todos, se transformará radicalmente como ya está transformado en nuestras ciudades). Por eso, como siempre, se nos pide considerar los dos extremos: por una parte, el comienzo de la bondad y de la luz creada y por la otra, el fin en la luz increada tal como lo anuncia el Apocalipsis.

La historia del mundo revelada en la Biblia, tiene tres momentos. En el primer momento: el mundo es bueno (y consideraremos que la bondad del mundo es, también, su belleza). El hombre vive de la luz, se nutre de luz. Es *el Edén*. En el segundo momento el mundo se desdobra. Es siempre bueno y bello pero el hombre, imagen de Dios ya no se nutre únicamente de luz. Se busca una luz propia que logre hacer de él una segunda fuente del mundo, tomada de la Fuente original. La belleza del mundo no nutre más su vida. El hombre adquiere entonces el conocimiento del bien y del mal, y en él muere. En el tercer momento, el mundo es renovado por el Hijo del Hombre que es Dios mismo. La belleza del mundo resume la perfección en la belleza de Dios, en la luz de su Reino, donde “*los justos, dice el Evangelio, brillarán como el sol*”. Ciertamente estos tres momentos no están separados, están compenetrándose. El segundo momento, en el que nos encontramos es, por tanto, lugar de tránsito entre el primero y el tercero: del Paraíso al Reino; el lugar histórico de la Pascua del Pueblo de Dios.

1. LA BELLEZA DEL MUNDO AL PRINCIPIO

Es necesario recordar que la palabra hebraica “*tob*” con que se finalizan los distintos momentos de la creación del mundo en la narración del Génesis, significa al mismo tiempo *bello* y *bueno*. “*Dios vio que era bueno*” quiere decir también: “*Dios vio que era bello*”. En los hebreos la bondad y la belleza son como dos fases de la revelación del mundo. Lo mismo sucede con los griegos. Pero en Grecia, lo bello y lo bueno adquieren ya un sentido más moral que universal. La belleza no existe en el mundo como existe un astro, una piedra, un árbol, un cuerpo animal; la belleza es siempre una relación entre una imagen y una mirada; se encuentra siempre en una imagen y es captada por una mirada. Se puede decir que toda la creación se desarrolla, desde su origen, entre la Palabra y la mirada de Dios: “*Dios dijo*” y “*Dios vio*”. Dios dijo: “*Hágase la luz*”. Y Dios vio “*que la luz era buena y bella*”. Al terminar el primer día, en su belleza total, la creación estaba destinada a ser el Reino de Dios. En la luz del primer día, entre la Palabra y la mirada de Dios, es donde está toda la historia del mundo. Esa luz es bella, es luz creada, no es Dios pero ahora, entre Él y Él, entre su Palabra anterior al mundo y la mirada sobre el mundo, Dios puso la luz del mundo. Y así como la semilla contiene el desarrollo total de la planta, la luz lleva en sí la “*manifestación*” del universo. Entre la Palabra y la mirada de Dios la luz se dilatará en el tiempo y en el espacio a fin de que los ojos del hombre se hagan, en el seguimiento de la Palabra encarnada, la mirada misma de Dios; en otras palabras, a fin de que el

hombre se haga capaz de ver la belleza del mundo, de ver todo bello. En el Génesis, el hombre es creado como la mirada de Dios, se integra en la mirada de Dios sobre el mundo. Entre la mirada de Dios y Su imagen en el hombre, está toda la creación. Y la mirada del hombre que no ve a Dios pero ve toda la creación y la respuesta de la creación a Dios, le posibilita el diálogo de amor. El hombre no ve a Dios pero sí puede ver al mundo como Dios ve al mundo con el amor mismo de Dios.

Convendría una lectura de los dos primeros capítulos del Génesis (lectura comprensiva buscando bien el sentido). Se sabe que la crítica moderna ha separado estos dos capítulos considerándolos dos versiones diferentes de la creación del hombre. Esto es evidente. Pero se corre el riesgo de olvidar que el texto bíblico transmite la Palabra de Dios y que en el Espíritu creador encontramos, en efecto, el nexo entre los dos capítulos. Buscar este nexo crea un problema de interpretación y estos problemas son de extrema importancia. Podemos decir que los dos primeros capítulos del Génesis contienen en germen –para hablar en los términos bíblicos de relación con el espacio– el doble movimiento de descenso y de ascenso que dirige e impregna toda la Historia Sagrada. Así el Génesis, en el primer Capítulo, revela primero un movimiento de descenso que nace de Dios y va al hombre y pasa por todos los momentos de la creación del mundo. Dios es luz y el mundo es, antes que nada, creado como luz. El mundo es considerado como un traje luminoso del hombre. Todos los días de la creación rodean a Adán con su esplendor. Adán, el último nacido de la creación, es el porvenir del mundo y el mundo será lo que nazca del hombre; el hombre es así verdadera imagen de Dios.

Para la más antigua tradición, la tradición hebraica, el primer Adán, “qadmon”, *el hombre anterior*, era un cuerpo de luz que recapitulaba los seis “días” de la creación y debía dar al Creador la libre respuesta del amor, dejándose tomar por la luz increada de Dios, en un movimiento de ascensión ubicado en el séptimo día. El hombre debía generar el octavo día: la transfiguración del primero. En el segundo capítulo del Génesis, encontramos, en efecto, al cuerpo de Adán que sale de la tierra, no ya de la tierra natural (en hebreo “arets”) sino de una tierra que es como la de Adán mismo o la naturaleza humana (en hebreo: “Adama”). El cuerpo de Adán es un alma viviente (en hebreo “nephes haia”, un soplo). Esta alma viviente está destinada al movimiento de ascenso que el hombre por sí solo no puede realizar. Es el aliento divino, el impulso del amor. Adán fue puesto en el Edén (que en hebreo significa “lugar de delicias”). Lo hubiera tenido que custodiar y cuidar para poder mantenerse en el centro de la belleza del mundo y nutrirse del fruto de la luz. Él mismo no podía ser la fuente de la luz, no debía comer del fruto del árbol que estaba en el centro del Paraíso.

En otras palabras, el hombre debía reconocer el primado absoluto de Dios y descubrir, en la respuesta a la Gracia, la condición para la propia deificación y para la transfiguración de lo creado; es el gesto mismo de Dios, el humilde *descender* por amor. El *descender* era la obediencia. Es necesario aquí hacer notar la evidencia del *gran misterio* por ser poco familiar en Occidente. Ni la *naturaleza humana* de la cual sale el cuerpo de Adán ni el cuerpo de Adán mismo son el cuerpo terrestre que, expulsado del Edén, es vestido con lo que la Biblia llama *túnica de piel*. Estaría tan fuera de lugar situar al primer hombre en los esqueletos de las distintas épocas geológicas como el ver en Cristo muerto la reanimación de un cadáver.

“*Los descubrimientos de la geología y de la paleontología*, dice Olivier Clément, *se detienen necesariamente en la puerta del Paraíso*”. Por otra parte el Paraíso –el Edén– no es un lugar en el espacio como no lo es el Reino anunciado por el Evangelio; es un estado y una posibilidad de ser –estado y posibilidad que existen siempre– y que habíamos perdido por la acción de Adán. Ahora bien, si es verdad que no podríamos entrar más en el Edén, debíamos sí realizarlo en nuestro tender hacia la luz de Dios, hacia la Gloria.

Sin embargo, nuestro modo occidental no nos prepara para concebir ni experimentar ese estado y esa posibilidad. Se necesitaría ser visitado por Dios días, meses, años enteros, en la soledad y en el silencio, en el desierto, en una playa, en la cumbre de una montaña; haber sentido el

mundo alrededor de uno como un traje de luz; haber sentido a pleno que el cuerpo humano no se ajusta a la *túnica de piel* sino que está ligado al viento, al sol, a los árboles, a las nubes, a la luna, a las estrellas. Recién entonces se comenzaría, en esa desnudez original, sentido profundo de la pobreza evangélica, “a recordar” el estado de la criatura anterior a la primera caída, recuerdo que proyecta hacia el Reino. El Alfa nos dará la Omega. Es el camino que abrieron los Padres del desierto en Egipto y en Palestina en el siglo IV: es el camino que tomó San Francisco en Occidente en el siglo XIII; es el camino monástico por excelencia aunque no necesariamente el monaquismo institucionalizado. Este camino que nos obliga a una soledad fundamental con Dios está abierto a todos; es el camino del pueblo de Dios. El camino que permite a la belleza del mundo revestirnos de las delicias de la creación; así era, y así lo es siempre, el sentido del Edén.

2. LA BELLEZA DEL MUNDO EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

A nivel de Historia Sagrada y de la experiencia común, el hombre no está más en el centro de la belleza del mundo; no se nutre más solamente de los frutos de la luz, sino del fruto de su trabajo. Ha dejado el Edén; pero el Edén existe siempre; no es más para el hombre una realidad plenamente actual; permanece sin embargo como una realidad anterior que es, por otra parte, signo del futuro, seguridad de una realidad final. Pero el mundo, tal como lo conocemos, en las condiciones de nuestro planeta, es equívoco; todo está sometido a la fugacidad, a la explotación, a la destrucción y toda belleza es ambigua. No es una ilusión, porque la belleza en la cual vivimos es real como la luz del primer día, pero se divisa y pasa. Las flores se marchitan, la carne envejece y muere y los ocasos, las iridiscencias del aire, duran un instante; los más bellos paisajes no están libres de toda clase de destrucción. La belleza de este mundo es efímera, es más que nada una alusión a la belleza fundamental de los orígenes que todavía permanece en el centro de la vida y que será plenamente revelada al final de los tiempos.

Contemplar la aurora o el ocaso, el cielo estrellado o la superficie del océano, o también una simple flor entre las hierbas del campo, supone un estado de Gracia que lleva a la admiración de Dios. Pero esta belleza puede también invitar al narcisismo, a la exaltación o al envanecimiento de sí mismo. La fusión del poeta romántico con la naturaleza será frecuente –como en la experiencia mística extremo-oriental– pero no será ni transparencia ni visión. Dios puede ver la belleza del mundo sin contemplarse a sí mismo porque el mundo no es él y Él lo ama. Pero cuando el hombre que está en el mundo mira el mundo se identifica naturalmente con el mundo y corre el riesgo siempre de verse a sí mismo como en un espejo y de no amarlo como otra cosa.

Del sol, la luna, un árbol, un animal, creaciones de la Palabra de Dios las antiguas civilizaciones tenían otros tantos dioses que, hechos de hojas de estaño, mostraban al mundo como un espejo para el hombre. Pero la imagen de los dioses que el mundo devolvía al hombre no era otra que la imagen del hombre. Fue la revelación judeo-cristiana que, dejando de ser un espejo de las cosas, devolvió a éstas su primitiva transparencia. Tal revelación (que debe entenderse en su exacto significado: quitar el velo) ponía al hombre delante del terrible y maravilloso don de Dios: la libertad.

El mundo no ofrecía más al hombre su imagen; de ahora en más el hombre debía buscarla pero también debía elegir porque se había quebrado la unidad panteísta. O el hombre debía servirse del mundo para buscar el deificarse a sí mismo en la propia autonomía creadora, o bien el hombre, ofreciendo el mundo a Dios y rodeándose del mundo como de un traje nupcial (traje necesario para entrar en el Reino de Dios, según la parábola), entraría en Dios y recibiría la deificación no como obra suya sino como la salvación de Dios. Así se da en la revelación bíblica y especialmente en la última parte: en el pensamiento y visión de San Juan, como una ruptura entre el mundo y el hombre análoga a la ruptura entre la planta y el fruto.

Dios se ha revelado en un cuerpo humano. Y este cuerpo era Ser de luz, Ser de belleza dado a todos como en el principio. El mundo es sólo para Él y Él no es el mundo. Todo lo que es fuera de Él está marcado por el error y de allí la ruptura; entonces se da el mundo que rehúsa consagrarse: es el mundo que San Juan condena y de este mundo Jesús ha dicho: “Yo lo he vencido”. Entre este mundo y el fin en el Reino hay un abismo y se dará, un día, una total ruptura. Esto es lo que han afirmado los Profetas, lo que ha revelado Cristo, lo que ha querido decir San Juan. Y después es el mundo que encontramos en nosotros mismos cuando habíamos abandonado al hombre viejo. Descubrimos entonces que el mundo no está condenado sino salvado por el Ser de luz. Es por esto que se dice: “*Dios amó tanto al mundo* “. Aquí está la continuidad entre el mundo creado en el principio y el fin del mundo en el Reino de Dios porque Dios está en la creación. Y la belleza de tal creación es en nosotros el signo de una presencia luminosa. La belleza y la continuidad de la presencia de Dios en el mundo.

Los signos de los cuales la Historia Sagrada está llena nos conducen a la belleza de Dios.

a) *El arco iris*

El arco iris es un signo cósmico, fenómeno natural que todos conocemos y uno de los más bellos, si no el más bello que se pueda ver sobre la tierra. Cuando una cortina de lluvia se pone entre la fuente de la luz y los ojos, la luz blanca se transforma en una serie ordenada de colores –el espectro– donde dominan el azul, el verde, el amarillo y el rojo. Conviene hacer dos observaciones: en este fenómeno natural encontramos en estado puro el mundo del Génesis, o sea, las condiciones del Edén: la luz de la creación, el agua, que en lenguaje bíblico significan la energía del mundo, y los ojos del hombre llamado a tener la mirada de Dios para ver la belleza. Después, el desplegarse de los colores que simbolizan evidentemente la grandiosidad de la creación tanto en el orden de la ciencia experimental como en el de las relaciones poéticas. Más la vida se interioriza, más se amplía, más pareciera pasar del azul al rojo. El cielo es azul, los árboles y las hierbas de la tierra, como el agua de los océanos, son verdes, el pollito es amarillo, la sangre es roja. Por otra parte, más una estrella se aleja del campo visual, más su luz cambia del azul al rojo. El azul y el rojo (en hebreo rojo se dice: “*Adam*”: es la misma palabra de *Adam* y de *Adama*) aparecen así como los colores simbólicos del principio y del fin. La belleza del mundo no es otra cosa que la transparencia de la energía increada de Dios. En esta energía que llena el mundo Dios ve que la creación es bella. Entre el arco-iris y el mundo la analogía es perfecta. Como los colores del arco-iris, el mundo se forma en el despliegue de la energía creada. El mundo es, entonces, distinto de Dios, pero la energía se apagaría si no hubiera un impulso increado, presencia de Dios en el mundo, presencia de Cristo mismo.

Así el arco-iris significa que la naturaleza de Dios (simbolizada por la luz blanca) impregna la energía del mundo (simbolizada por el espectro de colores) y que el mundo no podría terminar sin ser asumido, salvado, transfigurado por la naturaleza divina. “*El arco estará sobre las nubes, dice el Génesis, IX,16, y yo lo veré para recordar la alianza eterna entre Dios y toda alma viviente*”. La belleza del mundo en el arco-iris es, bajo la mirada de Dios, como la luz del principio, signo de alianza que une a Dios con la creación.

b) *La zarza ardiente*

La zarza ardiente es un signo sobrenatural, es una manifestación en el mundo de la energía increada de Dios: una *Teofanía*.

Moisés, dice en el libro del *Éxodo* (III,1-2), había conducido a su pueblo al desierto. Llegó al Horeb (palabra hebrea que significa “destrucción”). “El ángel del Señor se le apareció en una llama de fuego, en medio de una zarza. Miró y vio que la zarza ardía con el fuego pero no se consumía”. La zarza ardiente es el signo central del Antiguo Testamento. Allí se encuentran

reunidos en el instante eterno: la ley de Dios en el Ángel en forma de llama de fuego, el mundo simbolizado por la zarza y el hombre, Moisés el profeta. Delante de la mirada del profeta el mundo arde en la luz de Dios pero no se consume. La llama en la zarza es siempre luz increada en medio del mundo como en los orígenes y Dios vio que era bella. El mundo salido del Edén no es solamente un exilio y una caída; Dios interviene en la historia y la historia es santa y Dios se revela con su luz propia. En la imagen de la zarza ardiente se ve cómo será el mundo final: lugar de transparencia entre Dios y el hombre. La belleza del mundo en los orígenes es ahora transparencia que permite al hombre ver la belleza misma de Dios, su Luz. Ver la belleza del mundo es ver el mundo como la zarza ardiente, sentir en el centro de la creación la belleza de la luz increada. Esto es lo que Moisés ha visto para todas las generaciones, otros lo han visto y confirmado pero la confirmación absoluta de la *Teofanía* es la encarnación de Dios.

Para los Padres de la Iglesia la zarza es la figura profética de María, virgen y Madre, el signo más secreto y más evidente de la belleza del mundo que lleva a Dios: nuestro signo.

c) *El signo de la mujer.*

De Eva a María, se puede decir que la mujer por la Biblia está en los dos extremos de la historia del mundo. Al terminar el sexto “día” de la creación la mujer era parte del primer hombre. El cuerpo no estaba todavía dissociado de la luz. En el Edén durante lo que se podría llamar “la paciencia deificante”, el hombre y la mujer se diferenciaron. Adán debía “dar un nombre a todas las aves y a todas las bestias salvajes” y así el hombre completaba la obra de Dios. Pero, dice el Génesis, “el hombre no tenía una ayuda semejante a él”; entonces, del cuerpo de Adán Dios hace surgir a Eva cuyo nombre en hebreo significa “la viviente, la fuente de la vida”. La mujer da al hombre la posibilidad de generar; Eva es la carne de la carne de Adán pero ya dissociada de Adán puede convertirse en origen de un mundo donde la belleza no será ya exclusivamente efecto de la gracia y de la luz. Y así sucede; nuestra historia deriva totalmente del llamado “pecado original” pero por sobre todo deriva totalmente del amor de Dios. Como desde el comienzo del mundo caído hasta el final de los tiempos la mujer introduce la salvación.

Aquí el significado de María: en ella la mujer es juntamente virgen, esposa y madre. María no ha nacido en el Edén, no es por naturaleza un ser edénico, pero es edénica por la Gracia, porque concibe virginalmente en la historia como esposa humana de Dios. María es la Madre de Dios. Se cumple así la lejana profecía del Antiguo Testamento. En ella todas las figuras bíblicas de mujeres, desde Sara hasta la Sulamita del Cántico, presencia humana de la belleza en el mundo y portadoras elegidas de la Palabra de Dios, encuentran su forma perfecta. Además del *Magnificat*, que es el poema mismo de la Iglesia y la profecía de lo que María será para todas las generaciones, su figura es exaltada en el último libro del Nuevo Testamento. “En el cielo apareció un signo grandioso: una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Estaba encinta y gritaba por los dolores” (*Ap XII,1-2*).

Esta imagen es fundamental. Como el Adán edénico a los comienzos, la mujer apocalíptica al fin de los tiempos está vestida de sol y da a luz en la historia la luz misma de Dios. María, virgen y madre, es centro de la historia de la salvación, puente entre el mundo y el Reino. En el Medioevo los poetas de Oriente y Occidente la cantaron. La liturgia bizantina está llena de imágenes cósmicas de la Virgen-Madre: Astro - Alba Luminosa - Tierra Fértil - Sarmiento - Rama, etc., que son signos poéticos de la revelación: la Virgen Madre es en el mundo y para el mundo la morada de la luz de Dios.

Pero ante estas imágenes podríamos preguntarnos si estas transposiciones poéticas no son un retorno al paganismo, al culto de la diosa-madre de las religiones cósmicas. Un breve poema litúrgico nos da la respuesta:

“Señor,

Tú has hecho de tu sierva
una palabra de luz.
Tu creatura esclava del demonio
había perdido su primera belleza
y esperaba tu venida salvadora.
Y Tú has tenido compasión”.

En las religiones panteístas el mundo es emanación de Dios, es de la misma naturaleza divina si no es Dios mismo. En consecuencia, no hay ninguna semejanza entre la diosa-madre, las religiones paganas y la Virgen-Madre, sierva de Dios y morada de la Luz. Y la Virgen es el ser humano, el ser de carne que recibe la Luz de Dios y la da al mundo en un cuerpo de hombre. Este es el advenimiento real y, al mismo tiempo, la revelación que une el comienzo y el fin de la historia.

3. BELLEZA DEL MUNDO EN EL REINO

Adán en el Paraíso era el centro de la luz creada. El hombre celestial anunciado por el Evangelio, el hombre llamado al Reino, se abre a la luz increada de Dios. Dios se hace todo en todos. El paso para el Reino es la encarnación, muerte y resurrección de Dios en el mundo. La belleza del mundo no está más suspendida, como signo entre Dios y el hombre, sino que está asumida en el hombre y por el hombre en Dios mismo.

a) *La Eucaristía*

La Eucaristía del pan y del vino es el centro y el corazón del Evangelio. Sin la Eucaristía la Palabra de Dios no tendría en el mundo –cualquiera sea nuestra fe– otro significado que el adaptarnos a la sociedad humana. La Eucaristía del pan y del vino nos abre a la inmensidad del universo cuya puerta es la belleza. ¿Qué son el pan y el vino sino el fruto de la creación universal y del trabajo de los hombres? Porque es el pan y el vino, porque es nuestro alimento fundamental, se quiere la luz y el calor del sol, el agua de las nubes, la fecundidad de la tierra que da el grano y la uva, se quiere la inteligencia y el trabajo del hombre. En esta realidad cósmica y humana de veinte siglos, Dios se nos da. Cristo es así la recapitulación del mundo y su salvación en Dios, El Evangelio no habla, o muy poco, de la belleza del mundo pero es evidente que toda esta belleza está contenida en la eucaristía humana del pan y del vino.

La Eucaristía, sacramento del universo, acción de gracias del hombre, presencia real de Dios entre nosotros, nos ubica en lo *único necesario*. El grano y la uva son frutos del sol, frutos de la luz creada al principio, signos de la belleza y de la bondad del mundo. Y de esta realidad cósmica, convertida por el trabajo del hombre en pan y vino, Jesús dice: “Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre”. La belleza del mundo en la Eucaristía es mucho más que un signo universal o histórico. Convierte el pan y el vino en la presencia real del Reino alrededor nuestro y en nosotros. La eucaristía es también alimento universal y espiritual acción de gracias antes de la transfiguración prometida a los cuerpos resucitados. En la Eucaristía, la belleza del mundo no es más que una transparencia misteriosa de la belleza misma de Dios, de aquella luz increada que no vemos con nuestros ojos de carne pero puede ser percibida por las antenas de la fe, puede ser probada por la experiencia de los santos. La Eucaristía es el signo visible e invisible del cuerpo glorioso, del cuerpo penetrado por la belleza luminosa de Dios.

b) *El cuerpo glorioso*

El cuerpo glorioso, el cuerpo de luz divina –aquel ser maravillosamente y eternamente nuevo que nosotros seremos después del fin del mundo– será la perfección de toda belleza. Es la

revelación del Tabor y la realidad misma del Reino pero no es realidad que se pueda vivir en la historia ni representar en la imaginación; mas el Evangelio y la fe nos dicen que existe y es el sentido de nuestra vida, la razón de la belleza. Este cuerpo glorioso, en el mundo en el cual estamos es una visión de fe o, al término, la gracia de los santos. Es imposible a los hombres concebir el cuerpo glorioso como es imposible salvarse por sí mismo. Ni Adán lo tenía antes del primer pecado; él era una luz, pero luz creada, mientras que el cuerpo glorioso será el cuerpo penetrado por la luz de Dios: el que tendremos en el Reino que vendrá: cosa que no podemos comprender ahora; es una realidad autónoma y su llegada depende de la libertad de los hijos de Dios.

Si nosotros acogemos la luz, su energía, su forma, sus rostros como una maravilla nueva cada día, la llama poética y la contemplación de la belleza suscitarán en nosotros la creación del mundo. El mundo entero será interior, será en nosotros una luz como lo era en el principio. Y nuestros cuerpos serán los templos del Espíritu Santo. Si nuestra mirada sobre el mundo puede convertirse en la contemplación, mirada de Dios, la belleza del mundo en nosotros es el camino de la *gloria* y tenemos parte en la realidad absoluta, en la realidad mística de la comunión de nuestros cuerpos de carne llamados en la esperanza, a devenir, después de la muerte, cuerpos gloriosos.

c) *La Jerusalén celestial*

La realidad absoluta, la comunión eterna de la belleza de Dios y del mundo, la transfiguración de la energía de la creación en la luz increada, el signo último del icono del Reino y la Jerusalén celeste, la *nueva Jerusalén* que tiene su fundamento en la Iglesia. La realidad absoluta no es el mundo que conocemos: tiene, dice el *Apocalipsis* (21-22) la forma de una ciudad que recapitula todas las formas universales. Es llamada la *ciudad santa* y es como la esposa adornada para su esposo. Los doce fundamentos están adornados de piedras preciosas. Estas piedras tienen los colores del arco-iris. Los primeros son: jaspe, zafiro, calcedonia que son piedras azules; después la esmeralda, el sardonix, la cornalina son piedras verdes; el crisólito, el berilo, el topacio, el crisopacio, son piedras amarillas; el jacinto es una piedra roja; y, por último, la amatista es una piedra violeta formada por la unión del azul y del rojo: la unión del principio y del fin. La nueva Jerusalén, transfiguración del mundo en la luz eterna, en la luz de Dios está así fundada sobre el mundo simbolizado por la gama de los colores. Toda la ciudad es de oro puro: el oro significa aquí la eternidad. La nueva Jerusalén no tiene necesidad de luz natural; la gloria de Dios, la luz misma de Dios ilumina el reino. El viejo mundo y el Paraíso mismo están ahora dentro de la Ciudad santa y en el centro de la nueva Jerusalén que es el árbol de la vida; los cuerpos resucitados beberán en la fuente misma de la luz.

* * *

Los padres de la Iglesia han hecho siempre resaltar que el recuerdo del Edén –la belleza del mundo– es la visión del Reino que vendrá. Vivir el principio es ya adherir al fin, es encontrar a Dios que, según el Apocalipsis, es el principio del fin. Estamos llamados a acordarnos del primer Adán y a contemplar la belleza del mundo porque buscamos el segundo Adán, Cristo, y esperamos la luz del Reino. La santidad es un camino hacia el Reino, obliga al hombre a integrar en sí todo el universo para obligar al Reino a venir y después de esta integración la persona queda libre, deificada, en ella Dios es todo y el mundo se salva. La deificación en la luz ha sido siempre la búsqueda fundamental y paradójica del oriente cristiano y es de notar que el florilegio que reúne los escritos de los grandes espirituales orientales se llama: *Filocalia* (en griego “amor a la belleza”). Una de las máximas que se encuentran allí podría resumir esta página: “*Como los Querubines y los Serafines debiéramos ser solamente ojos*”. La belleza del mundo es gratuita; basta tener los ojos abiertos. “*Encender la lámpara del cuerpo y prepararse a ver*” como decía Rilke. La belleza está unida a la mirada; ver la belleza desde el fondo de nuestra miseria es un arte difícil. Para ver la belleza del mundo y recibir su transfiguración

debemos vaciarnos, apoyarnos en un punto que no es el mundo. Ninguna fórmula nos permitirá determinar este punto. Es el lugar del Verbo al principio, el lugar donde la innovación se crea en nosotros. Debemos hacer del mundo aquello que no ha dejado nunca de ser: una oración del corazón y un poema. Debemos encontrar la fluidez de sus orígenes, el rigor de su ritmo, la justicia de su fin: ver la belleza de un árbol no es solamente ver un árbol y comprender que el árbol vive, nace de una semilla, se alza en el espacio, tiende hacia el sol y cada año vuelve a la tierra su cosecha de semillas para renovar su vida sino que es comprender que el árbol es el símbolo de la creación del mundo y es el símil del Reino; pero por sobre todo es contemplar y amar a Dios. También así ver la belleza de un rostro no es solamente ver un rostro y recordar en nosotros la larga historia de la prueba y de la maduración, de la alegría y de la pena, de todas aquellas cosas universales y únicas impresas en un rostro humano; es comprender que cada rostro es un signo del misterio de la historia, un icono prometido, pero es sobre todo contemplar y amar a Dios.

«La belleza es el primer grado de lo “horrible” –dice Rilke–, aquello que rehusamos soportar». Quién no ha sentido lo absoluto del mundo ante ciertos paisajes y lugares vírgenes – el desierto, el horizonte, el mar– donde la luz es tan transparente que nos sentimos como asumidos o transfigurados. Habitualmente nosotros no miramos la luz; es la luz que con su transparencia nos permite ver las cosas. Todavía en ciertos momentos, parece verse la luz misma cuando, por ejemplo, sale el sol o al ocaso. Tal visión de la luz natural, vista intensamente, es un largo éxtasis del ser.

Los santos que tuvieron la gracia de ver “los cielos abiertos” han referido su inefable experiencia: han visto sólo la luz y en medio de ella una persona, una voz.

Desgraciadamente la vida contemporánea y nuestra ciudad moderna excluyen muy frecuentemente la contemplación de la belleza del mundo, pero nosotros estamos siempre libres de volver secretamente, lentamente, perdurablemente, los centinelas del Espíritu como nos es pedido y dado ser.

El hombre que hace entrar en sí la belleza del mundo se vuelve él portador de la inmensidad, peregrino del reino y el camino, dice el Salmo, está en su corazón. Por esto Cristo no define nunca el Reino de Dios, no dice nunca: es esto, es aquello, y pide que no se crea a los que dicen: está aquí, está allá; porque el Reino pertenece a la vida. Cuando habla lo compara a la vida. El Reino es semejante a una semilla que se hace árbol, a la levadura en la masa, a quien encuentra una perla.

“La belleza del mundo es casi el único camino”, casi, porque no es el único camino, es el amor al prójimo que deberá también y sobre todo ser una maravilla de la vida sobre la tierra: presencia gratuita de aquella bondad profunda que viene de lo Eterno y hace de cada uno de nosotros un centro de belleza del mundo, como una estrella en la noche, como un canto de pájaro por la mañana.

El amor al prójimo es también amor a la belleza, aquel amor –pureza inmensa– única cosa que permanece cuando nuestro corazón, en la prueba, se disminuye hasta convertirse en pequeñísima semilla pero también cuando se dilata hasta volverse exhalación del nombre de Dios. Entonces la creación se transforma, el mundo recobra el sentido que proféticamente los griegos le habían dado llamándolo: *cosmos*, que quiere decir belleza, y en la revelación cristiana esta belleza es creadora del porvenir.